

Ceramistas de Triana: «A pesar de la técnica, esto sigue siendo artesanía»

Sólo tres establecimientos quedan de los cuarenta que hubo

Los últimos tornos de Triana conviven con los hornos eléctricos, sin que éstos releguen definitivamente al olvido a los hornos árabes, de leña y humo. La cerámica trianaera, que era cultivada por cuarenta firmas distintas en los años de la Exposición Iberoamericana de 1929, tiene hoy sus reductos en las tres casas que se apiñan en torno a la calle Antillano Campos. Los procedimientos siguen siendo artesanales, semejantes a los introducidos por los árabes cuando fueron expulsados de los alrededores del Ta-

Los dos hornos mayores de Cerámica Santa Ana se llaman «Gallito» y «Belmonte». Son de una Triana que se debatía entre escuelas taurinas. Los nombres se adivinan bajo una capa de tizne fruto de los años que llevan inactivos. En otro rincón estrecha su cruz un Gran Poder centenario de tamaño natural, de excelente factura y estampado sobre un azulejo de autor anónimo. Seguramente, cuando se hizo no se daba demasiada importancia a este tipo de obras, ni a quienes las ejecutaban. A pocos metros, en medio de un paisaje a caballo entre lo suburbial y lo arqueológico, un alfarero joven da forma a los cacharros, mientras que el barro de la vega se esponja en un gigantesco pilón. De aquí, la masa pasará a las manos del artesano, y posteriormente al «secadero», una vez ha tomado sus volúmenes. En Santa Ana se usan todavía los hornos de leña de pino, hornos «de juguete». El último paso es el del dibujo y la pintura, y en él reside la clave del estilo que caracteriza a cada casa, pues la fórmula de los colores es secreta y exclusiva. Este establecimiento usa minerales para elaborarlos, con la misma receta desde que en 1847 fundara el negocio la viuda de Gómez. Después serían propietarios del mismo Manuel Corbato, Manuel Montero y Rodríguez Díaz, que lo tiene desde 1939.

Un horno de leña debe permanecer encendido unas dieciséis horas ininterrumpidas, y durante ese tiempo es preciso controlar las chimeneñas que se esparcen por su techo para dar un dorado uniforme a las piezas, que de rojizas pasan a tener tonos traslúcidos durante la cocción. Los cuadros, azulejos y cerámicas delicadas se cuecen en hornos llamados «de mufla». Además, el horno tarda dos días en tomar

«su punto» y otros dos en enfriarse. Si el calor fuese repentino, el barro se abriría.

En cuanto a los azulejos, se hacen con planchas, y seguidamente se pintan cuidadosamente —los colores son también secretos—, aunque la película de pintura sólo se fijará en el horno, y en el horno tomará su tonalidad, lo que obliga al artesano a «imaginar», a fuerza de oficio, el cromatismo que tendrá su trabajo al salir del calor.

Manuel Ruiz es hoy propietario de Cerámica Santa Isabel, y echó los dientes en el negocio, que era de sus padres. Asegura que en el edificio quedan restos que hablan de la reconquista, y es exponente de esa generación de ceramistas que durante toda su vida ha trabajado con sus propias manos el barro que vendían. Ha sustituido los hornos árabes por otros eléctricos que, según Manuel Ruiz, facilitan una

Los nuevos estilos, de la mano de Emilio García Ortiz

En el centro mismo del sector trianaero ocupado por los ceramistas tiene su taller el escultor Emilio García Ortiz y su hermana Maruja. Es ella la que lleva el peso de la cerámica popular propiamente dicha, mientras que él pone el ingrediente culto al gremio. García Ortiz imparte clases de Escultura en la Facultad de Bellas Artes. En el taller coexisten el horno árabe y el tecnificado.

Pero lo que impera en Antillano Campos, 10 es el trabajo de reproducción de piezas clásicas, relieves y capiteles, así como la obra original del escultor, cuyos bocetos se exponen. Ha incorporado Emilio García Ortiz al añejo estilo trianaero las

Conservan el tradicional torno y el horno ideado por los árabes

Sevilla. Angel Pérez Guerra

garete al arrabal y guarda de Sevilla. Recorrer los corralones traseros en los que se modela y dibuja la cerámica de Triana es entrar en un confín sin edad, donde los artesanos trianaeros se parecen a monjes medievales. Manualmente, encorvados sobre los azulejos o configurando la poética imagen del alfarero, los ceramistas de Triana se sienten orgullosos de continuar la labor denodada que es llevarse dieciséis horas a pie de horno mirando el barro.

cerámica más limpia, al no existir las briznas de la leña. Asimismo, ha dado paso a colores de fábrica. En el carné de identidad de este artesano figura la profesión de alfarero, «y lo llevo muy a gala, mejor que poner comerciante». Recuerda perfectamente el florecimiento que supuso la Exposición del 29, y el bache por el que pasó la cerámica durante la República, para volver a levantar cabeza en los años cuarenta. Como también levanta testimonio de la Triana en la que había nada menos que cuarenta ceramistas, entre cuyas faenas estaban las ollas y cazuelas, perdidas hoy en Triana. «La cerámica se va a los polígonos —dice—; y las piezas grandes, como tinajas, se han perdido». Era la Triana de Mensaque, Ramos Rejano, Lafite, Pedro Navia, González...

Durante treinta años, los ceramistas de Triana apenas han te-

nido aprendices. Hoy ya es otra cosa: «Eso de que un niño entre en una cerámica ganando dinero no ha sido nunca. Lo malo es que muchos de los que salen de la escuela se creen automáticamente artistas. Antes un ceramista no era completo si no sabía hacer colores, pintar y cocer. Hoy, con saber pintar y tener un dedo para apretar el termostato y cargar el horno, ya se es artista».

Completa el mosaico de ceramistas actuales de Triana la casa Montalván. De sus desconchadas paredes, centímetros por encima de vetustos zócalos de azulejería, cuelgan diplomas que acreditan premios concedidos en la Exposición Universal de París de 1878. Pero sus responsables afirman que la antigüedad del sello Montalván se remonta a muchos siglos atrás. Concretamente, se ha podido comprobar que la fórmula de color empleada por la casa aún hoy es la misma de un azulejo que recoge las imágenes de Hernán Cortés y un indígena en suelo peruano, y de fecha ligeramente posterior a la muerte del conquistador.

Los azulejos de Montalván están en El Escorial desde hace treinta años, pasando por antiguos. Decoran, igualmente, las estaciones del metro de Buenos Aires, desde la época del conde de Guadalhorce. En Londres, el restaurante español Martínez cuenta igualmente con paños de cerámica Montalván. Pero esta firma se encuentra con el problema de los fletes para exportar. Un flete cuesta a menudo más que la mercancía transportada. A esta casa le trabajan los alfareros trianaeros con taller propio: Juan Marín, Juan Bustos, José Antonio Domínguez... Los últimos eslabones de una tradición que pugna por perpetuarse, aunque sea de la mano de la técnica contemporánea.

corrientes del siglo XX. Su padre era ceramista y trabajó con Aníbal González en la Plaza de España y en el Coliseo España. En él están las raíces de la actividad que ahora rige Emilio García Ortiz, un hombre modesto como pocos, que ayuda a Triana a tapar la boca de quien quisiera acusarla de aldeana.

En el taller aguarda el monumento a Fray Bartolomé de las Casas, que duerme desde hace años a la espera de que las disputas municipales den paso a su instalación en el paseo Marqués del Contadero. Parece que, al fin, el monumento será colocado, aunque no en su emplazamiento inicial, sino entre la dársena y el antiguo mercado del Barranco.